

El ascenso de la extrema derecha chilena

RENÉ ROJAS :: 07/12/2025

La primera vuelta de las elecciones en Chile fue testigo del sorprendente auge de la extrema derecha y del colapso de la nueva centroizquierda del país. Se trata de una derrota aplastante para Boric

El pasado 16 de noviembre Chile celebró sus primeras elecciones generales desde que el antiguo referente estudiantil, Gabriel Boric, ganara la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2021 como candidato por una nueva coalición de izquierda. Esta vez, sin embargo, la extrema derecha se erigió como la fuerza política dominante del país. Ahora se encamina hacia una victoria en la segunda vuelta en diciembre, lo que provocaría un reajuste nacional a favor de los partidos reaccionarios.

Estas fueron también las primeras elecciones desde que los votantes rechazaron de forma abrumadora una propuesta para sustituir la Constitución de 1980, carta magna impuesta bajo el régimen militar de Pinochet que consagraba los principios e instituciones neoliberales fundamentales. Al igual que en el plebiscito constitucional de 2022, el voto obligatorio movilizó a amplios sectores trabajadores descontentos, cuyas necesidades más urgentes el gobierno de Boric dejó en gran medida sin atender. Hoy buscan soluciones pragmáticas en la extrema derecha y en demagogos «antideológicos».

Los resultados suponen un golpe devastador, aunque no definitivo, para la reforma y la política socialista. Ahora es probable que Chile sea gobernado por una alianza entre el Partido Republicano (PR) neoconservador y neoautoritario de José Antonio Kast y el Partido Nacional Libertario reaccionario y libertario del advenedizo Johannes Kaiser. A medida que la coalición Cambio por Chile avanza en la remodelación del sistema de partidos y la agenda política del país, ha subordinado efectivamente al antiguo bloque de centroderecha que pasó tres décadas gobernando conjuntamente con la ahora disuelta Concertación tras la transición de la dictadura en 1990.

En el otro lado del espectro político, la centroizquierda se ha visto muy debilitada, con la extrema derecha en ascenso haciendo importantes incursiones en los distritos electorales de la clase trabajadora, incluyendo a muchos votantes que anteriormente habían apoyado a Boric. Sin embargo, el giro popular hacia el libre mercado y las políticas de mano dura distó mucho de ser unánime. El Partido de la Gente (PDG), un partido *outsider* liderado por un populista que arremete tanto contra la derecha como contra la centroizquierda en defensa de políticas «meritocráticas» de sentido común, sacudió a la clase política al quedar en un cómodo tercer lugar. Aunque la derecha reaccionaria golpeó duramente a los progresistas chilenos, la reticencia de mucha gente a abrazar el extremismo neoautoritario, junto con la base electoral que la nueva centroizquierda logró conservar, ofrece cierta esperanza de que pueda aprender a reinventarse como una fuerza eficaz y ganadora para llevar a cabo reformas significativas en favor de la clase trabajadora.

La lupa sobre los resultados

Cinco importantes coaliciones y partidos compitieron en las elecciones generales de este año. La amplia y diversa gama de candidatos sugiere que el sistema de partidos chileno se ha alejado definitivamente de las coaliciones centristas que dominaron el período posterior a la dictadura. En 2021 compitieron seis candidatos principales, que abarcaban desde la nueva centroizquierda hasta la extrema derecha, incluidos los remanentes de las coaliciones centristas y dos candidatos *outsiders* antisistema. Ese año, el ultraconservador Kast obtuvo el primer lugar con un 28%, seguido por Boric con un 26%. Si bien el demagogo «sensato» del PDG, Franco Parisi, sorprendió a todos con un 13%, ningún otro candidato superó una octava parte de los votos.

Reconociendo que ya no puede competir eficazmente en las elecciones nacionales, el centro, otrora dominante, se ha alineado desde entonces con la nueva alianza de centroizquierda. La mayor parte del espectro político restante se presentó a estas elecciones fragmentado. Aparte de Parisi y Marco Enríquez-Ominami, que buscaba repetir su resultado del 20% en 2009, tres candidatos de derecha dura esperaban establecer una clara ventaja en la primera vuelta. Además de Kast y Kaiser, la veterana política Evelyn Matthei --derrotada por Michelle Bachelet en 2013-- buscaba consolidar un polo antiprogresista menos extremo en torno a la derecha. Junto con Parisi, los derechistas pusieron su mirada en la nueva candidata de centroizquierda, la exministra de Trabajo Jeannette Jara.

Prácticamente todas las encuestas daban a la militante comunista Jara como ganadora de la primera vuelta con una cómoda mayoría. Muchos pronosticaban que su apoyo se situaría en torno a los índices de aprobación de Boric, que se han mantenido estancados en aproximadamente un tercio desde los primeros meses de su presidencia. Las encuestas también mostraban a los candidatos de derecha intercambiando posiciones entre el segundo y el cuarto lugar, mientras que Parisi quedaba relegado por debajo del 5%. Sin embargo, mientras que Jara mantuvo la primera posición prevista durante toda la campaña--aunque mucho más ajustada--, Parisi alcanzó un sorprendente 19,7% y el apologeta de Augusto Pinochet y fundamentalista del mercado Kaiser terminó en cuarto lugar, superando a la moderada Matthei, lo que alarmó tanto a los progresistas como a los demócratas. Según las últimas encuestas para la segunda vuelta del 14 de diciembre, Kast es ahora considerado el favorito.

En comparación con las dos últimas elecciones nacionales, el giro antiprogresista es innegable. Sorprendentemente, Jara apenas superó a Kast en la primera vuelta: obtuvo un 27% frente al 24% de este último. Peor aún, la mitad de los votantes votaron por los tres candidatos de derecha. Incluso con el inesperado 19,7% de Parisi, suficiente para superar a Kaiser y Matthei, la extrema derecha puede cantar victoria.

En las elecciones de 2017, la izquierda obtuvo tres veces más votos que Kast, que se presentó como independiente, aunque las coaliciones de centro mantuvieron su dominio. Las siguientes elecciones se celebraron tras el estallido popular de octubre de 2019 en Chile, y las alianzas que antes lideraban, cuya legitimidad se había desplomado, vieron cómo su apoyo caía a los niveles más bajos desde la vuelta a la democracia.

La nueva centroizquierda amplió su apoyo en 2021, pero la creciente frustración con la hiperprogresista asamblea constituyente en medio de la pandemia y la recesión económica

impulsó a Kast al primer lugar. En esta ocasión, la extrema derecha, personificada en Kast y su antiguo correligionario Kaiser, fue la ganadora indiscutible. Mientras que la amplia izquierda centrista solo aumentó marginalmente su porcentaje, los votos para la extrema derecha crecieron de poco más de una cuarta parte a más de un tercio del electorado.

Las cifras absolutas revelan la misma historia preocupante. Tras la adopción del voto obligatorio en Chile en 2022, se preveía un aumento de la participación para todos los partidos. De hecho, en uno de los aspectos positivos de estas elecciones, la nueva centroizquierda casi duplicó su número de votantes en comparación con 2021, obteniendo 3,4 millones (o casi tres veces más que en 2017). Pero el total de votos de la extrema derecha eclipsó con creces el crecimiento de la centroizquierda con la asombrosa cifra de 4,8 millones de votos, casi un 150% más que en 2021 y ocho veces más que en 2017. Después de que las nuevas normas obligaran a todos los chilenos a votar, es innegable que una proporción abrumadora de las ganancias absolutas fue a parar a la extrema derecha.

Por ahora, la desventaja de la centroizquierda es insuperable. Incluso si Jara lograra de alguna manera ganarse a la mayoría de los votantes de Parisi en la segunda vuelta, la victoria es matemáticamente imposible. Los patrones de la segunda vuelta de 2021 sugirieron que tres cuartas partes de los partidarios de Parisi apoyaron a Boric en la segunda vuelta. Para tener alguna posibilidad, Jara necesitaría conservarlos a todos esta vez, un resultado que descartan tanto las encuestas de la segunda vuelta como la inclinación general antiprogresista del electorado actual. Más allá de la aritmética de las recientes elecciones chilenas, la clave para explicar la inminente derrota de la centroizquierda es comprender el creciente rechazo de los votantes chilenos de a pie a la coalición de Boric.

Economía y clase trabajadora

El principal factor detrás del auge de la extrema derecha es la decepción de los chilenos comunes y corrientes con el historial de la nueva centroizquierda bajo el mandato del presidente Boric. Los trabajadores descontentos acudieron a las urnas para castigar a los izquierdistas, tal y como hicieron cuando rechazaron de forma contundente la nueva constitución que los progresistas redactaron en 2022. Solo que esta vez el rechazo es más profundo y extenso, ya que se extiende ahora por todas las provincias del país y penetra mucho más profundamente en sus principales bastiones de la clase trabajadora.

El gobierno del Frente Amplio (FA) de Boric no estuvo exento de victorias. Consiguió aprobar leyes que supusieron un alivio innegable para muchos hogares de clase trabajadora. Como ministra de Trabajo, a Jara se le atribuyen sus principales logros: el aumento del salario mínimo, la semana laboral de cuarenta horas y la mejora del sistema de pensiones de Chile. Pero estas medidas son una sombra de lo que la nueva centroizquierda prometió en su campaña tras el estallido. La plataforma del FA proponía la nacionalización total de las pensiones privatizadas con un aumento sustancial de los mínimos de jubilación, una reforma fiscal progresiva, la negociación colectiva centralizada, un sistema sanitario público universal, la inversión pública en un programa nacional de empleo y la condonación de la deuda estudiantil. Nada menos que una revisión total del neoliberalismo chileno.

Aunque las décadas anteriores de liberalización ortodoxa, entre 1990 y 2010, redujeron la pobreza --y provocaron un auge de las tasas de crecimiento en los años noventa--, Chile

siguió siendo una de las sociedades más desiguales de América Latina, incluso bajo gobiernos de centroizquierda. Tras cuatro años en el poder, los logros de la nueva centroizquierda distan mucho de resolver ese dilema. Las medidas que actualmente promueve el equipo de Jara palidecen ante la magnitud de las necesidades inmediatas de los trabajadores chilenos. La mayoría de las reformas que se proponen son insignificantes, y otras se introducirán gradualmente a lo largo de varios años.

Aunque los salarios medios han aumentado ligeramente con el gobierno de Boric, el panorama laboral sigue siendo de una inseguridad implacable para el trabajador medio. Desde la pandemia, el desempleo se ha estancado en torno al 10%. Pero incluso entre los que encuentran trabajo, la precariedad es la norma. Hoy en día, solo alrededor de un tercio de todos los chilenos empleados disfrutan de plenas protecciones laborales. Otro 26% trabaja en la economía informal, mientras que el 43% lo hace sin contratos fiables.

Bajo el mandato de Boric, los mercados laborales solo han empeorado para los trabajadores chilenos. De todos los puestos de trabajo creados desde 2020, más del 70% carecen de protección. En un país donde el gasto social anterior apenas logró reducir la desigualdad, la nueva centroizquierda no ha logrado marcar una diferencia notable. Si bien el anterior período de crecimiento de Chile finalmente impulsó el PIB per cápita del país al estrato de ingresos medios, el ingreso mensual promedio se mantiene en 611 dólares (y la mitad de los trabajadores ganan menos de 340 dólares). En la actualidad, la mitad de los asalariados no pueden sacar a sus familias de la línea oficial de pobreza.

Así pues, aunque los salarios han aumentado ligeramente, la capacidad de los trabajadores chilenos para obtener concesiones de los empleadores sigue siendo la misma. Después de que el nuevo Gobierno abandonara las propuestas para instaurar formas centralizadas de negociación colectiva en todo el sector, las organizaciones sindicales existentes siguen siendo débiles. La única protección básica que se aprobó --la reducción de la semana laboral-- no entrará en vigor hasta 2028. Además, la legislación abre una puerta trasera para aumentar la flexibilidad laboral. Su deficiencia más grave es que no cubre a quienes no tienen contratos formales, que en Chile son la gran mayoría de los trabajadores.

El nuevo sistema de pensiones del Gobierno es igualmente decepcionante. Las pensiones de «solidaridad garantizada» para los jubilados de más edad con pocos o ningún ahorro aumentarán un 10%, lo que supone un total de aproximadamente 25 dólares estadounidenses; y este aumento marginal no estará disponible para los jubilados de 65 años hasta 2027. La mayoría de los demás verán aumentos de unos 100 dólares estadounidenses, siempre y cuando hayan cotizado durante más de veinte años.

La arquitectura bizantina de la reforma es la razón principal por la que los adultos mayores se sienten ahora engañados: aunque la nueva ley aumenta las cotizaciones de los empleadores al 7%, los trabajadores seguirán teniendo que apartar el 10% de su salario para financiar su jubilación. Incluso entonces, tendrán que esperar hasta 2033 para que las cotizaciones de los empleadores se apliquen plenamente. Nada de esto se parece ni remotamente al plan original de la nueva centroizquierda para la socialización y la universalidad totales. Se trata de un mosaico de fuentes de ingresos que garantiza la asistencia social sujeta a condiciones de recursos para los más pobres y revitaliza los fondos

privados y financiarizados que poseen el equivalente al 60% del PIB de Chile y seguirán controlando el sistema.

En realidad, el Gobierno abandonó sus planes más ambiciosos cuando fracasó su propuesta de reforma fiscal en 2023. Con el objetivo de aumentar los ingresos públicos en un 4,5% del PIB durante varios años mediante el aumento de los tipos impositivos sobre las exportaciones mineras y las rentas altas --incluido un impuesto sobre el patrimonio--, la legislación nunca llegó a debatirse en la Cámara Baja. Como era de esperar, la presión del *lobby* empresarial fue feroz. Pero al final, tres abstenciones de legisladores progresistas ajenos a la alianza gobernante acabaron con el proyecto de ley.

El descarrilamiento de la legislación estrella de la nueva centroizquierda revela un defecto clave en su estrategia de reforma. Por un lado, refleja la inestable mayoría de la coalición en el Congreso. Por otro lado, sin embargo, delata una falta de voluntad para movilizar a sus bases y seguidores con el fin de presionar a los legisladores reacios. La desventaja de la nueva centroizquierda en ambas cámaras se redujo a un puñado de representantes sobre los que la presión popular podría haber contrarrestado la influencia de la élite. Si esa estrategia hubiera fracasado, al menos habría sido una señal de disposición a luchar con fuerza por los intereses de los trabajadores chilenos; al mismo tiempo, habría reforzado la organización de las bases para estos conflictos inevitables.

Para empeorar las cosas, la centroizquierda se instaló en una especie de complacencia, insistiendo en sus credenciales progresistas y centrándose en la pelea parlamentaria, en lugar de idear formas de movilizar a los electores para contrarrestar la negación empresarial. La misma plataforma del FA destacaba el derecho a la eutanasia, la nueva legislación sobre identidad de género y la implementación de un nuevo modelo de educación sexual. Por sí solas, estas medidas no repelían a los chilenos de a pie; al fin y al cabo, quienes tenían un arraigado apego ideológico a estas posiciones nunca habrían favorecido una reforma izquierdista.

En cambio, al percibir la incapacidad del Gobierno para llevar a cabo las reformas fundamentales para toda la clase social que el estallido había puesto en primer plano, muchos resentían lo que parecía una voluntad de promover cuestiones identitarias estrechas a expensas del bienestar material básico. De hecho, al principio de su mandato, el Gobierno apostó su futuro político por el referéndum constitucional de 2022. Considerada igualmente como un conjunto moralista de causas particularistas, la carta propuesta se convirtió en una carga en lugar de un trampolín. Más de tres quintas partes de los chilenos rechazaron lo que iba a ser el logro fundamental de la nueva centroizquierda, en gran parte debido a lo alejado que estaba de sus preocupaciones materiales fundamentales, y no porque prefirieran la constitución autoritaria de Pinochet. Desde entonces, la alianza FA-PC ha sido castigada por lo que se percibe como una vacilación en su compromiso de dar prioridad a la seguridad económica de los trabajadores.

Si muchos votantes de la centroizquierda se sienten hoy frustrados y vacilantes, los nuevos votantes que han estado alejados de la política durante años constituyen los principales impulsores del actual giro hacia la derecha. Cuando los cambios en las normas electorales ampliaron repentinamente el electorado, la nueva centroizquierda se encontró con una

oportunidad única para ganarse la simpatía de estos trabajadores descontentos. Sin embargo, desde el proceso constituyente, ha ocurrido lo contrario. Las recientes elecciones revelan que los votantes desvinculados y descontentos tienen poca o ninguna fe en el programa y los logros de la centroizquierda. Siguen percibiendo que las instituciones estatales --escuelas, sanidad, infraestructuras, fuerzas del orden, etc.-- continúan fallándoles en gran medida.

En una economía estancada, con un mercado laboral tan agresivo como siempre, la mayoría sigue dependiendo únicamente de sí misma y de sus hogares, en medio de programas públicos limitados y de la preocupación por el aumento de la violencia en todo el país. Ante la falta de soluciones universales a sus necesidades básicas, la mayoría de los trabajadores chilenos buscan ahora cualquier forma de evitar quedarse aún más atrás. Dada la inseguridad que sigue afectando a la mayoría de los trabajadores, el rechazo generalizado al programa de la nueva centroizquierda en favor de vías competitivas e individualistas --e incluso socialmente regresivas-- para satisfacer sus necesidades materiales no solo es lógico, sino que debería haber sido el resultado esperado desde el principio.

Un escenario político cambiante

Tras las importantes derrotas sufridas en el plebiscito de 2022 y la reforma fiscal de 2023, la nueva centroizquierda se encontró desorientada. En ese momento, en lugar de intentar reavivar las expectativas populares y promover movilizaciones coordinadas estratégicamente, en la calle, optó por retirarse. Con la esperanza de que unas medidas parciales pudieran convencer a los chilenos decepcionados de que su programa aún podía cumplir sus promesas, decidió convertir su antigua coalición electoral táctica de 2021 con la centroizquierda tradicional en una alianza de gobierno en toda regla.

En una reorganización del gabinete apenas un año después de su toma de posesión, Boric integró a figuras clave del ala centrista de la antigua Concertación con la esperanza de que su astucia procedimental y sus conexiones con la élite ayudaran a impulsar reformas diluidas. Durante la década de 2010, los movimientos sociales que dieron lugar a la nueva centroizquierda de Chile (el FA) y revitalizaron a la tradicional (el PC) disfrutaron de enormes éxitos basados en críticas de principios a las restricciones neoliberales de la Concertación. Después de 2022, la nueva centroizquierda revivió a esta clase política acabada con la desesperada esperanza de que sus operadores pudieran ayudar a lograr pequeñas victorias dentro de los límites de la continuidad neoliberal. Sin embargo, esta estrategia solo terminó perjudicando a la nueva centroizquierda, al tiempo que lanzó un salvavidas a los moderados desacreditados que reafirmaban sus posiciones institucionales.

[Fuente: servel.cl]

[Fuente: servel.cl]

Los resultados de las elecciones al Congreso lo confirman. Mientras que el bloque de la nueva centroizquierda cayó más de un tercio, pasando de casi el 20% al 12,5%, la antigua centroizquierda no solo mantuvo sus votos, sino que incluso disfrutó de un ligero aumento. El FA, en particular, se vio penalizado. Mientras que el PC cayó del 7,4% al 5% de los votos, el partido de Boric pasó de ser el mayor partido del Parlamento a ocupar el sexto lugar.

Mientras tanto, los partidos centristas que se encaminaban hacia la extinción se estabilizaron.

En el otro extremo del espectro político se produjo una dinámica opuesta. El retroceso de la centroizquierda abrió una oportunidad para que la derecha se impusiera, lo que le permitió absorber a la centroderecha en el proceso. Este bloque reaccionario emergente aspira ahora a trascender la restauración del orden neoliberal anterior al estallido defendido por las coaliciones centristas anteriormente dominantes. Propone ir más allá, volviendo a los acuerdos de la época de la dictadura mediante una fuerte reducción del gasto público, la eliminación de las protecciones sociales y la desregulación abrupta de los mercados.

Kast, por ejemplo, hizo campaña con orgullo con un recorte de gastos de 21000 millones de dólares. Para no quedarse atrás, Kaiser prometió reducir los impuestos a las empresas en más de un 25%. Ambos prometieron expulsar por la fuerza a cientos de miles de migrantes, militarizar la frontera norte y enviar a la policía fuertemente armada a las calles. Con sus partidos en ascenso ahora en el umbral del poder estatal, la extrema derecha se ha posicionado para instalar inmediatamente el régimen de libre mercado más represivo desde la década de 1990.

La confianza de los reaccionarios ha dado sus frutos. Su alianza obtuvo la mayor proporción de votos en el Congreso, pasando del 10% anterior a la primera posición. La Unión Democrática Independiente de Matthei, el menos moderado de los antiguos partidos de centroderecha, votará sin duda junto con la extrema derecha, lo que les aportará otro 8,5%. Si los demás partidos de derecha se suman, el bloque de derecha estará a un par de votos de la mayoría en la cámara baja, lo que eliminaría prácticamente la necesidad de negociar con la oposición.

Es significativo que la desaparición definitiva de la alianza de derecha, que ha durado treinta y cinco años, sea prácticamente segura. Por el contrario, el PR de Kast creció de forma espectacular, con diecisiete escaños más. Cuatro años después de sus primeras elecciones, ahora controla la agenda legislativa. El único otro partido que ha experimentado un crecimiento tan rápido es el PDG de Parisi, que ha sumado trece escaños, convirtiéndose en el segundo partido más grande del Congreso.

Lo que la centroizquierda debe aprender (y rápido)

No todo está perdido para la nueva centroizquierda chilena. A pesar de la casi cataclísmica reorganización que se está produciendo, no se ha derrumbado por completo. Con algunos cambios importantes de rumbo podría recuperarse y volver al poder como la fuerza política capaz de promulgar las reformas que tanto necesitan los trabajadores desprotegidos del país.

Para empezar, la amplia centroizquierda --que incluye tanto a los nuevos izquierdistas como a los antiguos centristas-- sigue siendo el bloque más grande del Parlamento. Incluso después de perder ocho representantes conservó sesenta y un escaños, casi el doble de los que controla la coalición de extrema derecha. La media docena de delegados que lograron los demócratas cristianos, que siempre han sido reacios a una alianza con los comunistas, probablemente abandonarán el barco. Pero la centroizquierda aún debería poder contar con

el apoyo de al menos tres independientes progresistas.

Sin embargo, para recuperar su influencia y eficacia, la nueva centroizquierda tendrá que forjar su propio camino, subordinándose al centro de la misma manera que los reaccionarios están sometiendo a la derecha. Luego de las pérdidas actuales, la alianza FA-PC aún conserva diecisiete escaños. Su presencia en el Congreso, aunque disminuida, es favorable en comparación con la irrelevancia de los izquierdistas durante los años noventa y dos mil, cuando los hegemones partidistas los relegaron al ostracismo político. Por lo tanto, su delegación puede desempeñar un papel indispensable en la reformulación de un programa universalista de reformas sociales y económicas, en su comunicación eficaz a la mayoría de los trabajadores desprotegidos de Chile y en la coordinación de su formulación de políticas con la movilización de los electores organizados.

Adherirse a este tipo de estrategia disciplinada --que sitúa en el centro, en primer lugar, la inseguridad que aflige a los sectores populares y, en segundo lugar, la acción colectiva de estos-- podría reinstalar a la nueva centroizquierda como un polo dinámico de atracción. De esta manera, la nueva centroizquierda puede recuperar a antiguos seguidores y comenzar a incorporar a trabajadores descontentos y atomizados del electorado ampliado del país. Este enfoque volvería a castigar --en lugar de recompensar-- a los operadores de centroizquierda que negocian acuerdos que defienden la continuidad neoliberal.

Los votantes de Parisi, a quienes ambos candidatos de la segunda vuelta intentan atraer desesperadamente, ofrecen una idea de cómo podría funcionar esta estrategia. La mayor parte de los seguidores del PDG son, de hecho, votantes de izquierda desencantados. La mayoría tiene cuarenta años o menos, y tres cuartas partes ganan ingresos muy bajos. Además de representar a los sectores más precarios de la clase trabajadora, muchos provienen de las filas de los antiguos no votantes desvinculados.

La gran mayoría de los votantes del PDG rechazan las orientaciones políticas claras, y el 70% se identifica como «ni de izquierda ni de derecha». Sin embargo, muchos también participaron activamente en las protestas del estallido cuando la rebelión de 2019 parecía ofrecer una vía viable para reformas significativas. Es revelador que estos votantes no se unieran a la extrema derecha. Aunque tienen opiniones fuertemente antinmigrantes y a favor de la ley y el orden, sienten un desprecio general por los programas autoritarios tradicionales. También son más propensos que el chileno medio a apoyar los derechos reproductivos y 'queer' y a defender las industrias estatales. En última instancia, abrazan valores incoherentes pero vagamente igualitarios.

**Municipios que no son capitales [Fuente: emol.com]*

Las pruebas preliminares sugieren que sectores críticos de los partidarios de Parisi, tras haber respaldado la constitución propuesta en 2022, simplemente abandonaron a la centroizquierda. El PDG logró importantes avances precisamente en distritos donde la centroizquierda superó sus promedios nacionales de votos, pero donde Jara perdió votos sustanciales en relación con el apoyo progresista a la nueva carta magna. Tras llegar a la conclusión de que la reforma progresista había fracasado, cientos de miles de personas parecen haber migrado al bando de Parisi, convencidas por sus ofertas pragmáticas de una meritocracia que nivela el campo de juego.

Estos cambios fueron más pronunciados en los distritos clave de la clase trabajadora en todo Chile. Aunque su apoyo fue mayor en las provincias del norte y del sur largamente olvidadas, el PDG también avanzó en los municipios periféricos de la capital, donde se concentra la mayor parte de la clase trabajadora. Parisi amplió igualmente su apoyo en puertos centrales como Valparaíso y San Antonio, donde en su día floreció la identificación popular con el radicalismo. San Antonio, un punto caliente de la reciente militancia de los trabajadores portuarios, es el ejemplo más ilustrativo: mientras que el progresismo perdió allí casi dieciséis puntos, el PDG amplió su cuota hasta el 23%. Estos son los trabajadores y las comunidades que la nueva centroizquierda puede y debe recuperar al iniciar su proceso de reconstrucción.

Los progresistas quizás se estremezcan ante la perspectiva de tener que ganarse a los exasperados votantes del PDG. Después de todo, Parisi, al igual que Kast y Kaiser, se comprometió a desregular los mercados y deportar a los migrantes venezolanos. Incluso cuando defienden las industrias públicas, sus votantes están adoptando preferencias políticas cada vez más duras, incluida una hostilidad paradójica hacia la intervención del Estado en la economía. Pero la nueva centroizquierda debe comprender rápidamente que estos sectores de la clase trabajadora viven y trabajan en condiciones marcadas por la ausencia de instituciones y programas públicos eficaces.

En las economías desarticuladas de las ciudades mineras del norte y en la pobreza extrema de los municipios de Santiago, viven en una tierra de nadie de trabajos informales con bajos salarios y poco fiables, y pequeño narcotráfico que genera caos y violencia. Encuentran atractivo a Parisi porque, habiendo tenido que valerse por sí mismos durante mucho tiempo, al menos promete seguridad pública y condiciones equitativas. Si la nueva centroizquierda espera recuperarse, su papel durante el difícil período que se avecina es demostrar a los trabajadores chilenos que las reformas socialistas pueden proporcionar formas más deseables de seguridad e igualdad.

Jacobinlat

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-ascenso-de-la-extrema-derecha-chilena>